entre las espesas malezas que cubrian la ribera izquierda del Sena. En su rápida carrera, y guiado solo por el espanto, aventajaba con mucho en celeridad á la corriente del rio; pero al menor ruido de las hojas, al mas ligero soplo del zéfiro, el inocente fugitivo se agazapaba como tímida liebre ocultándose enteramente bajo el espeso matorral. Despues, cuando cesaba el ruido que habia tomado por galope de caballos ó retumbo de armas, continuaba su fuga, y por la espesura del bosque se deslizaba su blanca túnica semejante á la que los patricios de Roma hacian vestir á la juventud masculina ántes de la edad en que podia usar ya de la toga pretexta. Los romanos no eran ya en las Galias mas que un recuerdo; pero este recuerdo brillante reinaba despues de ellos sobre los galos y aun sobre los francos. La verdadera grandeza jamas es vencida.

¿Por qué huía este niño? ¿Qué le habia sucedido? Vamos á saberlo. La viuda de Clovis, despues de haber estado mucho tiempo arrodillada en Tours ante el sepulcro de San Martin, salió de allí y vino á Paris, con los tres hijos de Clodomiro, á reclamar la herencia del reino de Borgoña. Clotilde habitaba el palacio de los Termas, donde permanecian acaso en algunos aposentos retirados, los restos del lujo voluptuoso de las emperatrices y las últimas emanaciones de los perfumes de Arabia que se habian quemado en honor de ellas. Un dia la reina ponia el beso matinal sobre la frente de sus nietos, cuando un soldado sicambro con su hacha apoyada en la espalda, fué introducido á la estancia y dió à la princesa el mensage mas estraño, pero tambien el mas significativo: un par de tijeras y un puñal.

Clotilde comprendió bien la horrible eleccion que se asignaba para el destino de los príncipes.... llena de indignacion esclama con sollozos en la voz y fuego en la mirada: «prefiero verlos muertos á cortarles el cabello.» Esta esclamacion imprudente fué el decreto fatal de los jóvenes príncipes. Una hora despues el mayor y el segundo inundaban con su sangre las baldosas del palacio: Clotario y Childeberto acababan de degollar á dos de los herederos de Clodomiro..... estos reyes, lo mismo que su padre, sabian omitir la intervencion de los verdugos.

Pero Clodoaldo, el mas jóven de los muchachos, salvado por oficiales fieles, se escapó solo del palacio. Si sus salvadores lo hubiesen acompañado, habrian indicado á sus asesinos la direccion de sus pasos.... Huía, pues, por esa playa que emblanquecen hoy las aldeas de Vaugirard, de Grenelle y de Yssy. Puede ser que en el suelo mismo en que cayeron los guerreros de Caunelogenes con su general, haya Clodoaldo tropezado con la osamenta esparcida de estos heróicos mártires de la independencia de los galos. En fin, el nieto de Clovis despues de haber atravesado el territorio sembrado de matorrales silvestres que un dia debia ocupar Sevres, se para, jadeando de una fatiga estraña à su edad y á su ilustre condicion, en el declive de una colina boscosa que venia á terminar en el bordo del rio.



Allí se elevaba, en medio de encinas druídicas, una aldea llamada *Novigentum.* (Nogent, ó mas bien Nuevas gentes). ¿Habia ecsistido originariamente en este lugar alguna *mansio* romana, como punto avanzado de Lutecia hácia el pais de los caruntos; ó los habitantes de *Novigentum* eran, como parece probarlo el nombre, una colonia nuevamente establecida en este litoral? Dificil es distinguirlo al través de la nube en que se envuelven casi todos los orígenes y que solo intentaban penetrar intrépidamente nuestros viejos fabulistas.

Los habitantes de la aldea viendo al jóven lloroso, fatigado y lleno de espanto, se rodearon de él con afectuoso cuidado. Como eran una amalgama de cristianos y sectarios del paganismo, unos lo tuvieron por àngel que ocultaba las alas bajo su túnica virginal, y los otros por un real infante, por un amor desterrado de la corte de Vénus. Pronto los sacó de dudas *Clodoaldo,* haciéndoles saber el asesinato de sus hermanos, su fuga del palacio de los Termas y la necesidad de ocultar su vida à los reyes de Soissons y de Paris, para sustraerse de su ambicioso furor. «Señor Dios, esclamó este pobre niño cuya razon acababa de apuntar á los primeros tiros de la adversidad, que se queden ellos con mi reino terrestre, que no apetezco, supuesto que los tronos se cimentan con làgrimas y sangre. Buenos aldeanos, ocultadme en la espesura de vuestros bosques, alimentadme con el pan negro que os ayudaré á ganar, y cuando sea bastante fuerte para subir hasta el cielo, consagraré mis dias á la oracion, á fin de atraer sobre vosotros las bendiciones del Altísimo y las de mi señor San Martin.»

*Clodoaldo* alcanzó de los habitantes de *Novigentum* mas de lo que habia pedido; fué objeto de todos sus cuidados, de toda su veneracion. Creció entre ellos, sin ecshalar un suspiro de tristeza por la púrpura soberana de que estaba despojado, ni dirigir una sentida mirada á esa morada espléndida que veía estenderse en el horizonte como una faja de elegantes construcciones, á ese monte *Locuticicus,* que coronaba ya la abadía de Santa Genoveva, sepulcro gigantesco de Clovis.

El desterrado de ese rincon de tierra que veis ahora adornado de palacios, de villas, de surtidores de agua y de una rica vegetacion, habia revelado su vida, en 551, al obispo de Paris Eusebio: una mañana se vió bajar por el curso tortuoso del Sena una barca sobre la que andaban las banderas de la sede y capítulo metropolitanos, al tiempo mismo que los primeros rayos de un hermoso sol de mayo reflectaban sobre el oro y pedre-

ría de las urnas santificadas: eran el prelado y su clero que venian á ordenar à *Clodoaldo* con toda la pompa debida al rango que iba á abjurar.

Despues el príncipe, siendo ya monge, hizo construir en el lugar del bosque en que habia estado su ermita, un monasterio, del que fué el primer abad, y donde acabó su vida en el seno de la penitencia y de la oracion. Este piadoso personage fué enterrado en la casa que fundó: bien comprenderéis que se obraron milagros sobre su sepulcro, y que los habitantes, que lo honraban como á santo, cambiaron el nombre de *Novigentum* en el de *Sanctus Clodoaldus*, el cual traducido y corrompido despues, vino á ser *Saint Cloud.*

En tiempos posteriores, el convento en que reposaban las cenizas de Clodoaldo fué erigido en colegiata y, por el año 1428, mandó hacer el capítulo una urna magnífica para guardar las reliquias del bienaventurado. Sucesivamente fueron agregadas una falange del dedo de San Juan, un diente del mismo apóstol, el cuerpo de San Probo y el de San Mamerto, tesoros cuya autenticidad seguramente no la pondréis en duda, aunque otras iglesias pretendan estar en posesion de Mamerto y de Probo.

Estas riquezas eran productivas, y la importancia de la aldea de *Saint-Clond* debió aumentar rápidamente cuando estuvieron reunidas. Se sabe que desde el año 1218 fué colocado un puente sobre el Sena, casi á la altura de esta aldea; pero hasta la segunda mitad de siglo XIV es cuando la historia hace mencion de esta localidad. En 1358 Cárlos el Malo, ese diablo encarnado, cuyo fin prematuro debia comenzar para él, en medio de llamas, el suplicio del infierno (1), Cárlos el Malo, habiendo avanzado hasta Saint-Cloud con tropas inglesas, incendió esta aldea è hizo pasar á cuchillo á una parte de sus habitantes.

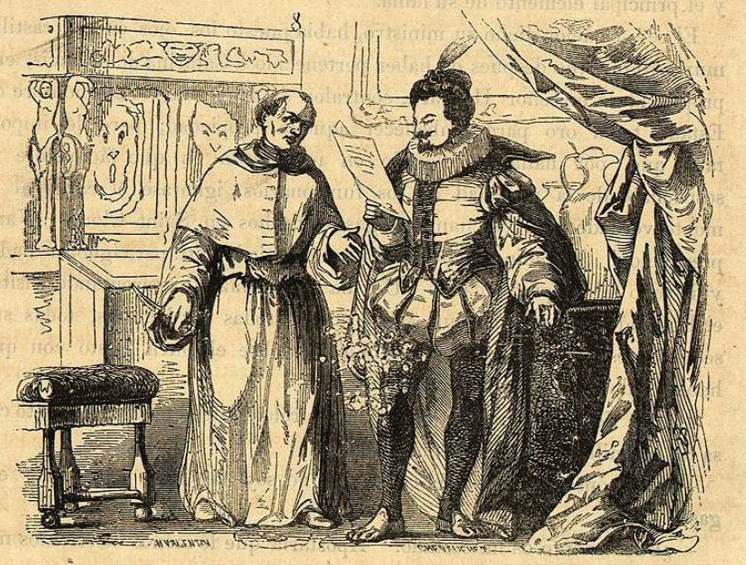
Esta catástrofe dió lugar á que se notase que el puente de *Saint-Cloud* ofrecia á los enemigos fácil salida à la capital; tratóse, pues, de defender la entrada por medio de una fortaleza imponente, que fuè armada de cañones en cuanto, por la combustion del nitro, se supo hacer burla de los paladines cubiertos de fierro, como la raqueta se burla del volante. La bala estropeó con frecuencia este fuerte durante las guerras de los siglos XIV y XV; el puente mismo, construido mitad de piedra y mitad de madera fué destruido por estos frecuentes ataques; se pensó en reconstruirlo bajo el reinado de Enrique II, y comenzaron los trabajos en 1556. Los cronistas

(1) Sabido es que este príncipe fué quemado vivo en un lienzo impregnado de espíritu de vino, en que se habia hecho envolver para reanimar los deseos carnales, y que su ayuda de cámara incendió el lienzo por descuido, ó de intento, segun otros.



supersticiosos cuentan que habiéndose aparecido el diablo al primero que se hizo cargo de la obra, se comprometió á hacerla concluir con maravillosa celeridad, siempre que le prometiese entregarle al primer ser viviente que pasara sobre el puente, pero *Saint-Cloud* desde el fondo de su urna velaba por el grano, como dicen los marineros..... Acabado el puente, toda la recompensa de Satanas consistió en un gato, que fué el primero que pasó.... Si el espíritu maligno codiciaba una alma, quedó singularmente chasqueado.

Durante las guerras religiosas del siglo XVI, fué *Saint-Cloud* tomado y recobrado muchas veces por los católicos y los protestantes, los realistas y los de la liga. Allí se consumó tambien una de las grandes peripecias de ese largo drama, durante el cual, la nave de la religion habria podido bogar sobre un rio de sangre derramada en su nombre. En *Saint-Cloud* fué, bien lo sabeis, donde el puñal de Jacobo Clemente quitó la corona á la casa de Volois, asesinando á Enrique III. ¿Habrémos de creer que la



duquesa ecsaltó con el fuego de sus amorosos trasportes el fanatismo del jóven monge y que éste se desprendia de los brazos de aquella princesa, cuando hirió al monarca en una casa perteneciente à la familia de Goudy? Se ve uno tentado á acoger esta relacion de la asistencia dada por la prostitucion al espíritu de partido, cuando lee en las páginas de Anquetil, el mas optimista de los historiadores: «La duquesa de Montpensier saltó al cuello del primero que le llevó la noticia del asesinato, esclamando en el

trasporte de su alegrìa: "Sed bien venido, amigo mio! pero el hecho es cierto? Ese malvado, ese pérfido, ese tirano ha muerto? Ah! cuan satisfecha estoy. Lo único que siento es que no haya sabido antes de morir que fuí yo quien lo mandó matar." La que se espresaba de este modo, pudo muy bien haber prodigado al jóven regicida, favores de que nunca fué avara, y con los que ella misma se habria embriagado hasta el delirio, pensando en esa felicidad de la venganza que su amante de una noche le hubiera prometido.... porque madama de Montpensier tenia que vengarse: Enrique III habia despreciado sus encantos.

Apartamos de nuestro cuadro la mencion sin interés, de los titulares feudales que tuvo el feudo de Saint-Cloud, muy anterior á la edad media. Solo dirèmos que en 1660 se une la historia de esta localidad á la de la casa real: entónces fué cuando Luis XIV adquirió en este territorio una posesion para el duque de Orleans su hermano, haciendo intervenir el cardenal Mazarin en esta compra, la sutileza que fué el móvil de todas sus acciones y el principal elemento de su fama.

El rey, ó mejor dicho su ministro, habia puesto los ojos en un castillo muy antiguo que despues de haber pertenecido à Catarina de Mèdicis, era propiedad de un señor Hervard, contralor de hacienda. Este hombre de Estado tenia oro para embellecer aquella propiedad; pero le importaba que, por hallarse colocado en un puesto en que fácilmente se sospechaba de la probidad de los funcionarios, ignorase el cardenal el monto verdadero de los cuantiosos gastos hechos en Saint-Cloud. Vana precaucion! La eminencia italiana era demasiado sutil para ignorar nada, y de todo sabia aprovecharse. Un dia pues, Mazarin aparentando visitar el Eldorado Hervard por curiosidad, admiró todas sus bellezas, todas sus seducciones y se deshizo en cumplimientos sobre el buen gusto con que habian sido dispuestos tantos adornos.

—Esta tierra, dijo por último el hàbil prelado, debe teneros de costo cosa de un millon y doscientos mil escudos.

—Ah! monseñor, repuso el contralor, no soy tan rico para hacer ese gasto.

—¿Pues cuanto os ha costado? Apostaria que lo ménos doscientos mil escudos.

—Nada de eso, monseñor.

—Pues habrá sido cien mil escudos.

—Ha acertado vuestra eminencia.

—Quedo contento, pues no querria que hiciéseis con su magestad un trato ruinoso.

—No comprendo á vuestra eminencia.

SAINT-CLOUD.



—Es que el rey desea tener vuestro castillo para el señor duque de Orleans.

—Pero monseñor....

—Vamos, es trato hecho.

Al dia siguiente el notario de la corte se presenta en casa de Hervard con una escritura de venta redactada en toda forma, y el pobre empleado, cogido en su propia red, hubo de ceder al rey por trescientas mil libras una tierra que le habia costado cerca de un millon. El cardenal se jactó audazmente ante la reina Ana de Austria, de esta trapacería.

—Ah! señor cardenal, dijo la viuda de Luis XIII, eso no está bueno.

—Qué decís, señora; yo habria podido tratar con brutalidad á ese contralor de hacienda, y lo he tratado con finura; eso es todo.

Despues de la adquisicion que acabamos de señalar, se agregaron á la casa de Hervard otras tres pertenecientes á MM. de Goudy, Fouquet y Momerot: los arquitectos Mausard, Lepantre y Girard reunieron sus combinaciones para hacer de estas cuatro casas un solo palacio, y construido ya este, fué cuando el duque de Orleans tomó posesion.

De 1661 en adelante es Saint-Cloud un mosáico; ya dominan en él las rosadas tintas de la galantería, ya lo cubren los sombríos colores del drama. Saint-Cloud es, durante siglo y medio, un cuadro sembrado de rosas y de espinas; un campo en que cruzan alternativamente, mezclándose á veces el mirto y el cipres.

En Saint-Cloud fué donde Luis XIV se enamoró de la señorita de Lavallière, dama de honor de Enriqueta de Inglaterra, primera muger del duque de Orleans. El gran rey codiciaba fraternalmente los encantos de su cuñada; pero cuando hacia sus ensayos para penetrar hasta el corazon de la bella inglesa, se detuvo su amor en la antecámara de esta princesa.

Si es verdad, como lo han referido acaso temerariamente los cronistas de la época, que los bosques de Saint-Cloud fueron entónces testigos de las ternuras de la jóven duquesa de Orleans y del conde de Guiche; si se ha de admitir que las rocas de los alrededores tuvieron ecos para sus suspiros, hé ahí las rosas y las espinas.... Pero el duque de Orleans.... pero el caballero de Lorena.... Ah! vaya!.....

Escuchad ahora en el espacio de los siglos la voz de Bossuet que todavía resuena, diciendo: *Madama se muere!.... Madama ha muerto!....* Oh! esta, bien lo veis, es una historia lamentable.... *Madama* era una criatura amable y bella, de esas cuya imágen ha encontrado Walter Scott en su poética imaginacion, al trazar sus deliciosas figuras de mugeres.... Pues bien! esa adorable princesa que el 20 de junio radiaba en juventud y belleza, el dia 30 era un horrible cadáver, una materia en descomposi-

cion, donde los gusanos trabajaban ya.... *Madama* habia muerto súbitamente, envenenada, despues de haber bebido agua de un vaso, cerca del cual se habia visto al marqués de Effiat, uno de los gentiles-hombres de *Monsieur*.

Veamos lo que se lee en las memorias del siglo XVII. «Al dia siguiente del siniestro acontecimiento, hizo el rey comparecer ante sí á un cocinero de Madama, llamado *Morel*.

—Miradme, le dijo S. M., y contad con la vida si sois sincero.

—Señor, diré la mas esacta verdad.

—Acordaos de vuestra promesa; si faltais á ella vuestro suplicio está pronto.

—Señor, repuso con calma el cocinero, despues que habeis pronunciado vuestra palabra sagrada, seria yo un loco si me atreviese á mentir.

—Bueno.... respondedme ahora: *Madama* ha muerto envenenada?

—Sí, señor.

—Quién la envenenó?

—El marqués de Effiat y yo.

El rey se estremeció.

—¿Quién os dió esa horrible comision, y de quién recibísteis el veneno?

—El caballero de Lorena es la causa y el primer instrumento de este atentado: él envió de Roma la droga venenosa que yo preparé y que de Effiat puso en la bebida de Su Alteza Real.

—¿Mi hermano, continuó el rey con la voz casi apagada, mi hermano tuvo conocimiento del complot?

—No, señor.

—¿Lo afirmaríais bajo juramento? prosiguió Luís XIV con acento mas libre.

—Señor, lo juro ante Dios á quien ofendí.... *Monsieur* no tuvo conocimiento del secreto.... no podiamos contar con él.... nos habria perdido.

—Ah! respiro.... esto es todo lo que me importaba saber.... Idos, desgraciado, os dejo la vida; pero salid de mi reino.

«El marqués de Effiat estaba prófugo, dice el memorialista del siglo XVII, y nada indicaba que se pensase en perseguirlo. La muerte de *Madama*, despues de ménos de un mes, parecia ya para *Monsieur* y para el rey mismo un acontecimiento antiguo. Hé aquí à las cortes."

A los dos años de la muerte de la primera duquesa de Orleans, corrió el rumor de que esta princesa *venia* al bosque en que acostumbraba descansar en sus últimos dias. Un lacayo del castillo, al ir á tomar agua á una fuente cercana al bosque, habia visto al *espíritu*, y el pobre diablo estaba muerto de susto con esta aparicion. Todo el mundo, en el castillo, temblaba de espanto; ni una sola dama de servicio de la segunda duquesa de Orleans queria acostarse sola en su recámara, y puede creerse que muchos cuerpos se ofrecieron en esta ocurrencia para tranquilizar à las bellas espantadas por la visita del *espíritu*. No obstante, algunos gentiles-hombres no atravesaban el parque sino cantando en voz alta, á manera de los niños cuando tienen miedo.



En fin, madama de Orleans, que para servirnos de una espresion vulgar, no tenia frio en los ojos, madama de Orleans declaró que queria ir al bosque à la hora en que se aparecia la sombra de Enriqueta de Inglaterra.

En efecto, la princesa acompañada de un capitan de guardias resuelto, ejecutó una tarde su proyecto. Apénas *Madama* y su conductor habian penetrado un poco en la espesura, cuando el fantasma se apareció. El oficial se arroja sobre esta figura, jurando que espectro ó diablo habia de dar razon de quién era. El aparecido trata entónces de escaparse; pero nuestro militar lo toma por el brazo y declara que esta sombra se halla provista de un armazon huesoso que va á romper á palos, si persiste en no hablar.... Era una pobre vieja que pretendia haber sido mucho tiempo maltratada por los cortesanos, de cuya insolencia habia querido vengarse divirtiéndose con espantarlos.

—Mi querido capitan, dijo la duquesa, no castiguemos á esta singular Nemésis: un desquite de la malicia de los pequeños contra la maldad de los grandes, es guerra de buena ley, y acaso tambien un aviso útil." Pronunciando estas palabras se aleja S. A., despues de haber dado algunos luises á la que en su robusto buen sentido germánico, llamó la Nemésis del parque de Saint-Cloud.

Ya os lo he dicho, los fastos de esta residencia real son una incesante mezcolanza. Ved venir á la regencia de Felipe de Orleans, de ese príncipe al que solo faltó el ejercicio de las buenas cualidades que no le faltaban, para escusar las faltas que tenia. Saint-Cloud fué con frecuencia el teatro de estas últimas, y para ofreceros un rasgo, será preciso echar una gasa sobre nuestra relacion. Pero las fiestas *adamites* y la monstruosa práctica de los *flagelantes*, no deben pasarse en silencio: ellas pintan la fisonomía de la época. Las modas del gran mundo no eran bastante pródigas en desnudez para combatir la debilidad de una juventud estragada; madama de Tencin dejó caer un dia su hábito de religiosa, y el trage negativo en que quedó, vino à ser el modelo de adorno para las reuniones de Saint-Cloud.... Pronto fué poco esto; el regente sabia historia y se acordó de las fustigaciones de los *flagelantes*, locura grave de la edad media, que la renovó como último espediente del desórden. Entónces, prín-